

# PRIMEROS INDIGENAS NICARAGUENSES VISTOS POR COLON

HILDEBRANDO H. CASTELLON  
Historiador y Geógrafo Nicaragüense

Sin querer abordar ningún estudio respecto a la procedencia u origen de los aborígenes del Nuevo Mundo, estudio que ha dividido a sus investigadores en dos escuelas extremas, en tradicionalistas y autoc-tonistas, queremos emitir algunas ideas que tienden a establecer de modo definitivo el asiento verdadero de las tribus que poblaban a Nicaragua a raíz de la conquista española en principios del siglo XVI.

La primera noticia que se ha escrito respecto a los habitantes que poblaban el territorio conocido hoy con el nombre de Nicaragua se debe al propio Cristóbal Colón, descubridor de la América en la carta que escribe a los reyes de España, informándoles sobre su cuarto y último viaje a las llamadas Indias Occidentales.

En efecto, el 12 de setiembre de 1502, el almirante don Cristóbal Colón doblaba el Cabo Gracias a Dios, y el 17 del mismo setiembre estacionaba con sus naves frente a la desembocadura del Río Grande de Matagalpa, que él llamó río del Desastre, en recuerdo del naufragio de un bote de la Vizcacia, el barco almirante, que se había perdido con todo y su tripulación.

Una vez provisto de agua, leña y víveres que le suministraron los naturales, a cambio de baratijas, continuó su viaje Colón bordeando la costa hasta llegar a la desembocadura del río Rama Inferior (Ramakí) o Punta Gorda, en la gran bahía de Monkey Point, donde echó anclas entre la isla de Booby y la tierra firme. Sucedió esto el 25 de setiembre de 1502.

Los historiadores costarricenses don León Fernández Guardia, don Manuel María de Peralta y don Ricardo Fernández Guardia, que copió de los anteriores, han pretendido que esta parada de Colón para reparar sus naves la hizo frente al Puerto de Limón, donde ellos localizan el pueblo de Cariay o Cariari, sin percatarse de que el grande y hermoso río que señalan los cronistas (Ramakí) en cuya desembocadura acamparon los españoles no puede ser el pequeño y ridículo de Limón ó Cieneguita y sí el río Ramakí, caudaloso y de grandes dimensiones, en cuyas inmediaciones están los restos de una antigua población indígena que por tradición la llaman Cariay (V. Le-sage).

Es el caso que a poca distancia de aquel fondeadero natural que siglos más tarde estudió Bedford Pim, capitán de la Gorgona de la armada inglesa, se encontraba el pueblo de Cariay, cuyos habitantes al divisar las naves que se aproximaban se juntaron sobre la playa, y armados de arcos, flechas, macanas y agudas varas de palmera (pijivaye) esperaron la llegada de los hombres de Colón, listos para defender su tierra.

Aquellos pobladores del suelo nicaragüense eran altos, robustos, bien proporcionados y de semblante risueño. Su idioma era diferente del de los antillanos. Tenían estos indios los cabellos largos y trenzados arrollados luego en torno de la cabeza. Las mujeres lo usaban corto, tenían el talle ceñido con telas de color, usaban mantas y camisas sin mangas (güipiles) y tenían las orejas, los labios y las narices agujereadas, llevando pendientes de guanín, que es oro muy mezclado de cobre. Trabajaban en oro aguilillas que colgaban al cuello, y a juzgar por la casa de enterramiento o panteón y las esculturas que contenían las tablas que cubrían los sepulcros, aquellos hombres mostraban conocimientos de arte. Por la manera de conservar y embalsamar los cadáveres con resina de caraña, sus herramientas de agricultura y muchas otras cosas vistas por los europeos en aquella ocasión, se deduce que esa gente había alcanzado un grado de cultura por lo menos igual a la que tenían los mejicanos de la costa oriental.

A este respecto dice el mismo Colón: "De otras artes me dijeron y más excelentes... Allí dicen que hay grandes mineros de cobre: hachas de ello, otras cosas labradas, fundidas, soldadas y fraguas con todo su aparejo de platero y crisoles. Allí van vestidos; y en aquella provincia vide sábanas de algodón, labradas de muy sotiles labores; otras pintadas muy sutilmente a colores con pinceles".

Varios de los cronistas españoles que acompañaron a Colón o que conocieron los lugares, se han expresado muy favorablemente de los indios de Cariay, particularmente el escribano de la Armada, don Diego de Porras, fray Bartolomé de las Casas y Fernando Colón que nos hablaron de las buenas disposiciones, la agudeza, la bondad y moderación que caracterizaba a dichos indios. Tenían hábitos de comercio cultivado probablemente con los audaces pobladores de Yucatán y de las Antillas, y como los aztecas, usaban el sahumero para significar respeto; pero eran supersticiosos y creían mucho en hechicerías como casi todas las tribus americanas.

A qué raza pertenecían los Cariay?

Si tomamos en cuenta que las tribus que por desplazamiento se replegaron a la vertiente del Atlántico durante el siglo XV, llevando el histórico nombre de caribes, eran bárbaras, incultas, nómadas y sin conocimientos especiales sobre las artes o las industrias, fácilmente resolveremos que la gente de Cariay no pudo ser de aquellas tribus y sí, pertenecer a las razas mejicanas, con las cuales concuerdan con los usos y costumbres.

Cariay en aquellas latitudes, debe haber sido una colonia mejicana formada por emigrantes que ganaron aquella costa en barcos o canoas, como ocurrió varias veces en el éxodo de aquellos pueblos.